

Donatita D. G. Jaldana

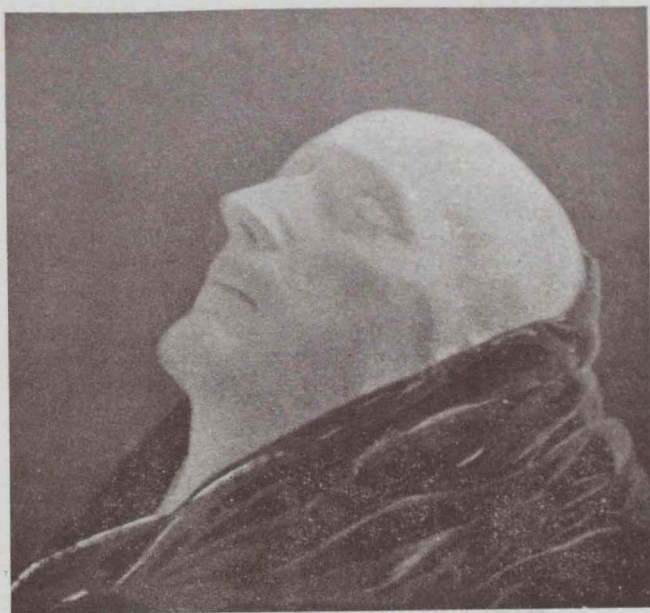
La Medicina Anecdótica

HISTORICA ARTISTICA Y BIOGRAFICA

Publicado por LABORATORIOS ROBERT

Número 26

LOS ÚLTIMOS COMBATES DE NAPOLEÓN



Mascarilla de Napoleón

C. 9-2

92: Napoleón

- 1

Q. 10.087

El caso de los criminales de guerra no es nuevo. A lo largo de la Historia, muchas naciones han tratado de sellar legalmente las razones impuestas por el miedo, el odio o la política. Napoleón, el más importante "criminal de guerra" del siglo XIX, murió en Santa Elena, amparado por una sentencia que se intentó acreditar de justa. No entra en nuestro propósito la apología o la diatriba contra Napoleón, intentaremos, brevemente, el relato de sus últimos combates. Los combates sin victoria ni derrota. Los tristes combates cotidianos contra el tedio, la amargura y la enfermedad. Los combates en los que la retaguardia moral debe ser fuerte y en los que no hay otra conquista posible que la del propio espíritu. El genio que deslumbró a Europa, vestido de recuerdos y hojeando de continuo una imaginación a la que le estaba negada toda realidad, libró sus combates con la estrategia de la aceptación y sin otra ambición posible que la propia dignidad.

Después de la derrota de Waterloo, en junio de 1815, la reacción oficial contra Napoleón fué enorme. Un solo hombre se interponía entre la paz y la guerra. Era preciso que abdicara. La actitud popular, en Francia, seguía favorable al emperador. No en vano dice Emerson que "Napoleón fué el ídolo de los hombres comunes porque posela en grado trascendente las cualidades y las fuerzas de los hombres comunes". El peligro de la guerra civil, cuando se hizo pública la abdicación del emperador, era inminente. Napoleón marchó a Rochefort. Desoyó los consejos de evadirse a los Estados Unidos y, quizás fatigado, decidió ponerse bajo la protección inglesa. El 15 de agosto, subía al "Bellerophon", donde fué objeto de las mayores cortesías. El viaje a Inglaterra no hacía presumir la segunda parte del drama. En Inglaterra, después de muchos días de ansiedad, de la que ha dejado constancia el conde de Las Cases, le fué comunicada la decisión del gobierno inglés. Se le desterraba a la Isla de Santa Elena y se le permitía elegir a tres oficiales, un médico y doce servidores, para compartir el destierro.

"—Querido amigo —le decía a Las Cases—, tengo, a veces, ganas de abandonaros, y eso no es difícil; se trata de ofuscarse un momento y me habré librado para siempre; todo habrá acabado y vosotros podréis reuniros tranquilamente con vuestras familias".

Las Cases contestó:

"—Los poetas, los filósofos, consideran como un espectáculo digno de los dioses ver a un hombre en lucha contra el infortunio. La desgracia y la constancia tienen también su gloria. Un carácter tan grande y noble no puede rebajarse al nivel de las almas vulgares; el que ha gobernado con tanta gloria y el que ha hecho la admiración del mundo, no puede acabar su vida como un desesperado".

"—Pero, ¿qué haremos en un lugar tan solitario?"

"—Señor —respondió Las Cases—, viviremos del pasado y con ello hay para satisfacer a cualquiera...

La triste satisfacción del pasado comenzaba para Napoleón, cuya voluntad

se afirmó siempre en construir futuros. Esta nueva condición de vida sería una de las peores torturas de Napoleón, en Santa Elena.



Bonaparte en el Puente de Arcolea, cuadro de J. A. Gros (Versalles)

Antes de partir, hace constar su protesta de viva voz y por escrito.
"En presencia de Dios y de los hombres, protesto aquí solemnemente contra

la violencia ejercida conmigo; contra la violación de mis más sagrados derechos. Empleando la fuerza, se ha atentado contra mi persona y mi libertad. Yo he venido voluntariamente a bordo del "Bellerophon"; no soy un prisionero de Inglaterra, sino su huésped. He venido invitado por el mismo capitán; él me dijo que tenía orden del gobierno de recibirme y transportarme, así como a mis acompañante, en el caso de que así me pluguiera. Contando con esta seguridad, acepté el ofrecimiento, a fin de ponerme bajo la protección de la Gran Bretaña. Desde el momento en que subí a bordo del "Bellerophon", tenía derecho a la hospita-



Regreso de la Isla de Elba (cuadro de Zarzet)

lidad inglesa. Si el gobierno ordenó al capitán del "Bellerophon" que me recibiera a mí y a mi séquito, con objeto de hacerme caer en un lazo, ha obrado contra el honor y degrada su pabellón. Si este acto se realiza, en vano habrán los ingleses hablado a Europa de su sinceridad, de sus leyes y de sus libertades. La confianza en la buena fe de Inglaterra quedará aniquilada por la hospitalidad del "Bellerophon". Apelo a la Historia. Ella dirá: un enemigo que durante veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, fué, vistiendo su uniforme, a buscar un asilo bajo la protección de sus leyes. ¿Qué mejor prueba podía ofrecerle de su estimación y de su confianza? Pero, ¿cómo pagó Inglaterra semejante magnanimidad? Fin-

giendo tenderle una mano hospitalaria, una vez que se hubo entregado, lo sacrificó."

El gusto por lo efectista y teatral, que siempre dominó a Napoleón, le encerraba en una realidad propia de la tragedia griega. Derrotado y sin público, Napoleón marchaba a morir sobre el antiguo recinto de una cuadra en la Isla de Santa Elena.

El islote de Santa Elena, a más de dos mil millas de Europa, y casi a mil



Napoleón, de un retrato de Guérin

de Africa, es un siniestro promontorio volcánico, casi sin vegetación. Según palabras de un oficial inglés, se trata de algo así como "una verruga nacida en la faz del abismo".

Los esfuerzos renovados de la Compañía de las Indias Occidentales y de algunos colonos consiguieron, a duras penas, hacer habitable el centro de la isla. Fué preciso importarlo todo, desde la madera y los materiales de construcción hasta la tierra de cultivo. Sin embargo, la población no podía prosperar.

El clima de Santa Elena corroía materialmente la salud de los colonos; y, bajo su influjo maléfico, nadie llegaba a los sesenta años. Vientos constantes, a veces muy intensos, azotan de continuo los desolados acantilados de basalto. El sol tropical permanece todo el año oculto tras los nubarrones y las lluvias torrenciales crean un calor húmedo y pegajoso. Los cambios de temperatura son muy vivos. El sudor se enfría instantáneamente al soplo de los vientos del Sudeste. Los 2.500 hombres de la guarnición inglesa visitaban continuamente el hospital, enfermos de disentería amebiana, paludismo, hepatitis y alteraciones digestivas de diversa especie. Las escuadras inglesas que recalaban en Santa Elena, sufrían numerosas bajas en poco tiempo. En noviembre de 1817, llegó a Jamestown el buque de presidiarios "Friendship", cargó agua y, diez días después, los presidiarios y la tripulación eran atacados de vómitos y diarreas. Seguramente había hecho presa en ellos la disentería amebiana, tan frecuente en la isla.

Inglaterra no perdonó detalle para que Napoleón dejara de ser, en breve tiempo, un obstáculo político. Y la isla de Santa Elena prestaba un concurso eficaz y digno. La primera residencia de Napoleón en Santa Elena fué Briars, mientras se ponía en condiciones su residencia definitiva, en una especie de granja llamada Longwood. Longwood era reconocido como uno de los lugares más insanos de la isla. La elección no fué, pues, casual. Longwood ocupaba una meseta de unos 500 metros de altitud, que se desplomaba en ariscos acantilados sobre el mar. Era un lugar desértico, sin vegetación, continuamente azotado por los vendavales y amortajado por las brumas. Sus habitaciones se instalaron sobre el suelo de una antigua cuadra. No se puso cuidado alguno en adecentar el piso. Las inmundicias se cubrieron con un entarimado. En una ocasión el piso se hundió y el agua nauseabunda invadió la estancia (Ludwig). El emperador tuvo que retirarse a otra estancia. Nada resistía la humedad que se infiltraba por todas partes. El salitre corroía los libros, las paredes se llenaban de manchas que, poco a poco, obscurecían el empapelado que acababa por desaparecer. Las ratas constituían una preocupación por su número y por la ferocidad de sus incursiones. En un pequeño cuartucho, Napoleón dispone su antigua cama de campaña cuando, avanzada su enfermedad, le resulta incómoda. No le queda más remedio que ampliarla adosándole un sofá.

En los estrechos límites que las paredes de Longwood le señalaban, Napoleón consumió muy pronto las iniciativas dirigidas a un futuro. Al principio, mantuvo la etiqueta de una pequeña corte. Daba sus paseos en coche con los oficiales de escolta cabalgando junto a la portezuela; concedía audiencias a los ingleses con el aparato de una cancillería que no quiere claudicar su dignidad; la servidumbre ostentaba la antigua librea imperial y cumplía sus cometidos con la misma corrección. Pero el temple interior que le llevaba a sostener unas realidades que se esfumaron en la colina de Waterloo, se iba fatigando. Los días interminables, las noches que goteaban recuerdos dolorosos, la monotonía y la desesperanza, tapiaban lentamente el porvenir y agobiaban el presente. Las lluvias y los vendavales dispersaban la gloria por el océano. Na-



Napoleón en 1814

*poleón ahondaba, en los recuerdos, el presentimiento de la fosa que le depa-
raba la isla de Santa Elena.*

*A sus mismos compañeros les resultaba difícil mantenerse a la altura del
gesto noble que les impulsó a acompañar al emperador en su destierro. El conde
de Las Cases, sin duda el más capacitado, no resistió un año. Su estado de
salud y la intervención del gobernador inglés le obligaron a marchar. Su ausen-
cia fué un golpe terrible para Napoleón. Bertrand, antiguo gobernador de Illi-
ria, fué agudizando, en el destierro, su carácter quisquilloso y susceptible. Hubo
un momento en que la convivencia con él planteaba un auténtico problema.
Gourgaud, joven edecán del emperador, llevó las cosas más lejos: incubaba
una agitación desesperada, que se resolvía en grotescas crisis de celos y en-
vidias. La intervención moderadora de Napoleón evitó un duelo de Gourgaud*

con Les Cases. Más que una compañía, fué una preocupación para el emperador la actitud amargada y gruñona del antiguo general. Montholon fué, entre todos, el mejor, pero las desavenencias de su mujer con la esposa de Bertrand, acabaron de enconar las relaciones de aquella pequeña comunidad.

Resulta grotesca esta reproducción en miniatura de las intrigas de una corte sin la grandeza del boato exterior. El tedio y la desesperanza impedían que los compañeros de Napoleón se mantuvieran a la altura de la decisión que tomaron libremente: acompañar al emperador en el destierro.

Y en este ambiente enrarecido, sin posibles imprevistos, las horas se amontonaban con la pesadez de un mausoleo. Las ocupaciones diarias asignadas a cada uno ocupaban apenas dos horas. El resto se empleaban en agitarse amargamente entre las tramoyas de un antiguo teatro que iba desmoronando sus decoraciones. Napoleón escribía sus memorias; es decir, preparaba su epitafio cara a la Historia, deformando, todavía obsesionado por ideas de grandeza y finalidades políticas, la realidad de su vida. Y las conversaciones van ganando en monotonía al sempiterno rumor del mar y al rodar de los vientos.

Minado por un clima insano y víctima del sitio vital al que las circunstancias le habían reducido, la entereza de Napoleón fué, además, atropellada por la actitud del gobernador inglés. La actuación de Sir Hudson Lowe fué, a todas luces, injusta y vengativa. Cuando substituyó en el mando de la isla al almirante Cockburn, su aspecto produjo una penosa impresión en el ánimo del emperador. "Es un hombre odioso —dijo Napoleón—. Tiene cara patibularia." Y Napoleón, buen conocedor de los hombres, no se equivocó. Hudson Lowe no perdonó ocasión para vejar a su prisionero, para limitar le la vida y, en fin, para precipitar su muerte. Aumentó la vigilancia a unos extremos intolerables, limitó los gastos, redujo la servidumbre. Como todo hombre mediocre, abusaba de su autoridad, más acobardado por su responsabilidad que atento a la ocasión de mostrarse digno o generoso. Leía las cartas que Napoleón recibía del continente, y ponía buen cuidado en que le llegara todo panfleto vejatorio. Hurtaba, en cambio, las palabras de aliento o cualquier muestra de adhesión. Los artículos promulgados en relación a la vigilancia del preso humillaron de tal modo a Napoleón, que desistió de salir del recinto de su casa. Hudson Lowe expulsó, sin justificación alguna, al conde de Las Cases y privó a Napoleón de la asistencia del doctor O'Meara, en quien el emperador había puesto mucha confianza. No nos es posible entrar en detalles de la prolija labor de verdugo barato que Hudson Lowe se echó encima, pero, hasta cierto punto, fué un fiel intérprete de los dictados del gobierno inglés.

Napoleón enfermó rápidamente, de cuerpo y espíritu. Su entusiasmo por las cosas desapareció. La misma redacción de las memorias no conseguía arrebatarle. Se acercaba a los cristales y allí pasaba mucho tiempo mirando la carrera de las nubes mientras tamborileaba monótonamente, en los cristales, el redoble de una melancolía invencible.

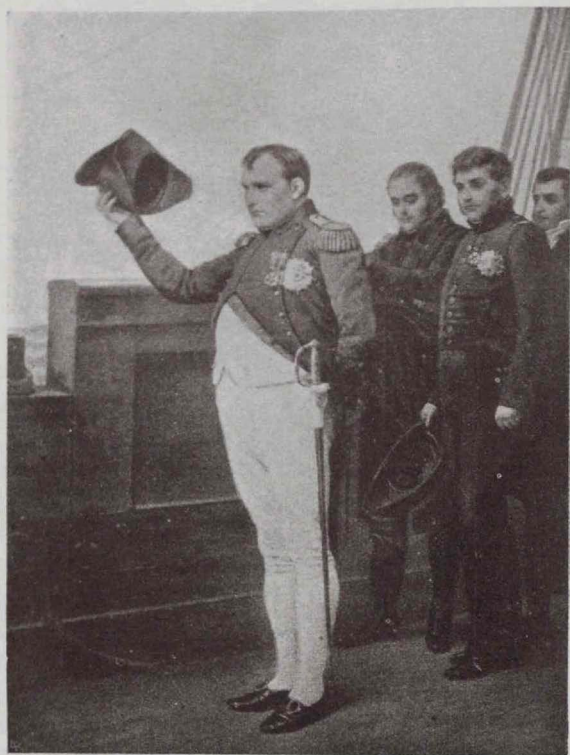
La espantosa soledad que le concede la compañía de unos amigos deses-



Napoleón en Santa Elena

perados, el embate constante de un clima pugnaz y las vejaciones del gobernador, preparan el fin. Aparecen edemas en las piernas. Pasa muchos días sin recibir agua fresca ni leche. Las cartas en las que solicita subsidios son interceptadas y tiene que destruir a martillazos piezas de su valija de plata para procurarse dinero. Los trastornos dispépticos habituales en él se acentuaron. En este aspecto es interesante la lectura del libro de cuentas, redactado día a día, por el maestra sala Pierron, desde enero de 1818 hasta el 5 de mayo de 1821. Este libro, que consta de 43 páginas, es un documento inapreciable para comprobar la frugalidad y la deficiencia del régimen alimenticio seguido por Napoleón en Santa Elena. La contabilidad es sencilla y viene expresada en libras, peniques y chelines. Cada mes, después de la comprobación de Montholon, el emperador examina el libro, repasa las sumas y provoca alguna explicación, si

cree que ha lugar. Los grandes presupuestos de Estado y las difíciles especulaciones sobre la balanza de pagos se han reducido a un humilde cuaderno para cuentas de la compra. Las cifras fabulosas de las grandes guerras se componen,



El adiós de Napoleón a Francia (cuadro de E. A. Gullón)

ahora, de dos o tres números. En efecto, en 1818 los gastos varían entre 50 y 150 libras, cantidad exigua, si se considera la relativa abundancia de servidumbre y el encarecimiento que se observó en la isla con la llegada de Napoleón. Pero en estos días todo es ficticio. Si Bertrand sigue ostentando el puesto de Maris-

cal, no puede comandar otras fuerzas que las de su derrotada voluntad. Gourgaud, encargado de las cuerdas, ha visto su caballería reducida a unos pocos penecos, y Montholon, encargado de la cocina, ni siquiera puede, con mucha imaginación, pensar que es útil. No es extraño que la hacienda práctica de Napoleón se inscriba en un libro de cocina.

Leer este libro nos pone en conocimiento de la deficiencia, en cantidad y calidad, que sufría la comida de Napoleón. En efecto, las legumbres son raras y, si se obtienen, están quemadas por el sol. La carne proviene de Brasil o del Cabo de Buena Esperanza. También escasea y, a veces, falta en absoluto. Si se le mandaba una espaldada de buey, la recibía descarnada, pues el gobernador se reservaba las partes más suculentas. A pesar de las órdenes que habían sido dadas al gobernador, la repostería de Napoleón no recibía más que miserables porciones. Los embutidos eran pasables, pero la volatería de toda especie resultaba detestable. En la isla fracasaron totalmente la crianza de pollos, pavos y ocas. La caza en Santa Elena era casi nula y las pocas piezas estaban destinadas al gobernador. La costa carecía de mariscos y el mar de pescados comestibles. El clima no permitía la maduración de la fruta, que resultaba totalmente insípida. Solamente las bananas mantenían algún sabor. Para colmo de males, el pan sabía a polvo y contenía partículas de arena, a causa de que la harina provenía de muelas viejas. El café, que para Napoleón constituía un estimulante indispensable, le faltó en numerosas ocasiones. En 1818, cuando Pierron toma la dirección del servicio de cocina, las molestias gástricas de Napoleón son ya bastante acusadas. O'Meara, que cuidó a Napoleón hasta el 25 de julio de 1818, dice en uno de sus informes: "La enfermedad del agosto paciente consiste en una obstrucción del hígado y una discrasia escorbútica; los medios de oponerse a la primera enfermedad son una dieta moderada por vegetales frescos, frutas subácidas, sustancias animales fáciles de digerir..." El libro de cocina nos informa de qué modo fueron atendidas estas recomendaciones. La dieta de Napoleón nunca pudo ajustarse a las necesidades de un enfermo gastrohepático. Los errores dietéticos, por falta de información y por dificultades de suministro, son de bulto.

Cuando O'Meara fué separado del servicio de Napoleón por orden del gobernador, el emperador pasó un año entero sin asistencia médica. Los renovados esfuerzos de su madre consiguieron, por fin, que le fueran mandados al prisionero un nuevo médico, dos sacerdotes y un cocinero. Así fué cómo, después de varios años, Napoleón tuvo por vez primera noticias concretas y verdaderas de su madre. "Todo lo que soy y lo que fui, se lo debo a mi madre: ella me inculcó sus principios y fomentó en mí la costumbre del trabajo", dijo en tal ocasión. El nuevo médico, un corso llamado Antommarchi, no estuvo a la altura de O'Meara. No sentía simpatía alguna por el prisionero y sus quejas y dolores se le antojaban imaginarios. Los creía el resultado de una ficción con finalidad política y, en las peores crisis, Napoleón se encontró solo. En este momento, los padecimientos físicos del enfermo no le dejan descansar. Su en-

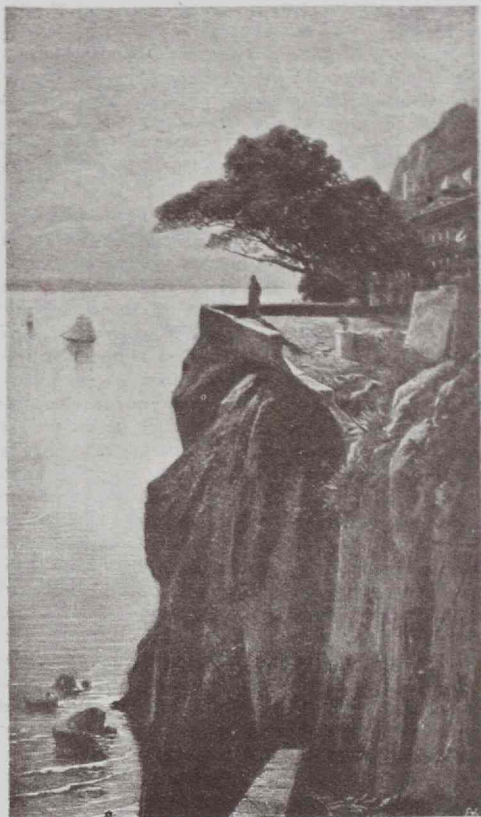
fermedad se agrava. Se queja de dolores continuos en la región gástrica, "como si le clavaran un cortaplumas". El estómago parece arder. Y, en algunas ocasiones, llega a revolcarse de dolor. Un frío invencible se apodera de sus miembros y las compresas calientes y las mantas no consiguen aliviar los escalofríos. Antommarchi habla entrado al servicio del emperador el 22 de septiembre de 1819. A partir de este momento, es fácil seguir, en el libro casero, los progresos de la enfermedad. El registro no señala ya otra comida que huevos y ensalada. Napoleón casi no se levanta del lecho. En estos momentos dramáticos y en medio del sufrimiento moral que para él supone un conato de defección de sus amigos, Antommarchi aconseja: "Póngase a cavar la tierra." Y Napoleón obedeció. Se entregó al ejercicio físico con una voluntad frenética. Los trabajos rústicos de jardinería le ocupaban muchas horas. Por un momento, pareció que mejoraba. En el mes de enero, aparecen de nuevo en el libro de cocina los pichones, tacino y pescado. En el mes de julio de 1820, una recaída le obliga a recurrir de nuevo a las bebidas refrescantes y a las carnes ligeras. Los boletines de salud son cada vez más alarmantes. El enfermo ya no soporta los alimentos. El registro no apunta más que remedios.

El mes de abril, tres semanas antes de su muerte, dicta testamento al fiel Montholon, que tanto hizo para evitar la marcha de Bertrand. A partir de aquí, los acontecimientos se precipitan. La última noche fué dramática. Las postreras palabras, pronunciadas al amanecer del último día, fueron: "Francia..., Cabeza de ejército..." Poco después, en un arrebato inusitado, en medio de su delirio, saltó sobre Montholon. Rodaron por el suelo y sólo gracias a la intervención de Archambaud, el conde pudo librarse del ataque del moribundo. El resto del día fué tranquilo. En medio de un furioso viento del Sudeste y entre el fragor de la lluvia y la inerte caricia de la niebla, Napoleón, velado solamente por un conde de la antigua nobleza y un hombre de pueblo (Ludwig), agota sus últimas fuerzas sobre la fría cama de Austerlitz. A las cinco, cuando el huracán arranca dos árboles recién plantados, Napoleón, a quien se le había administrado la extremaunción, entrega su alma.

Su rostro, extrañamente sereno, ha recuperado la fina silueta de su juventud. Un nuevo y misterioso destino ha comenzado otra vez para Napoleón. Los soldados ingleses, por propia iniciativa, desfilan ante el cadáver. Es el digno adiós de las bayonetas que ya nada pueden importarle.

Después de la muerte del emperador, comenzó la apasionante cuestión. ¿Cuál había sido la causa de su muerte? Para Inglaterra, resultaba muy importante eliminar toda sospecha de un óbito producido, siquiera indirectamente, por malos tratos. Ya, en una ocasión, Hudson Lowe había dicho: "Voy a arreglar las cosas de manera que pueda montar a caballo, pues no quiero que muera de un ataque de apoplejía; esto podría ocasionarnos trastornos a mí y al gobierno. Prefiero que muera de una enfermedad lenta y que nuestros médicos puedan hacer constar como natural. Una apoplejía se prestaría demasiado a los comentarios."

Ya en el momento de la autopsia, se inició la discusión. Según el médico corso, el estómago está parcialmente destruido y presenta adherencias con el



Napoleón en Santa Elena

hígado. El diagnóstico de Antommarchi es el de hepatitis crónica y carcinoma gástrico. Pool opina que se trata de una hepatitis crónica consecutiva a una

infección amebiana. Sin embargo, en principio solamente prosperó la idea del cáncer gástrico, toda vez que Hudson Lowe prohibió, bajo la amenaza de sanciones, que se hiciera constar la presencia de lesiones hepáticas de carácter inflamatorio. A este tenor, los médicos ingleses declararon no haber hallado alteración hepática alguna y sí una úlcera perforante carcinomatosa, a nivel de la pequeña curvatura gástrica. La autopsia revela también la presencia de nódulos y cavidades en el vértice pulmonar, que se etiquetaron como tuberculosos. Años más tarde, Arthur Keith ha encontrado dos piezas anatómicas, dispuestas por Asthley Cooper, como provenientes del intestino de Napoleón y diagnosticadas como cáncer incipiente. El examen histológico, meticoloso, de Keith, mediante cortes seriados, le llevaron a afirmar que es totalmente falsa la idea del carcinoma y que las lesiones que se aprecian son simplemente hipertrofias foliculares. Federich Pool es de la misma opinión. La creencia de que la herida encontrada a nivel de las adherencias gastrohepáticas no era de carácter canceroso, ha ido ganando adeptos. El paludismo también ha quedado definitivamente descartado del diagnóstico etiológico. Hoy, se vuelve a la convicción, dada la endemia amebiásica de Santa Elena, la sintomatología y los informes de Pool, de que Napoleón sufrió una infección amebiana. Las mismas cavidades encontradas en el vértice pulmonar izquierdo se han supuesto abscesos provenientes de la infección hepática amebiásica. Nada es seguro. Inglaterra esmeró sus cuidados para que la muerte de Napoleón quedara velada por el misterio. Napoleón, en su testamento, imponía la obligación de explorar sus vísceras en la autopsia, para que, de esta manera, conocida la causa de su muerte, se pudiera prevenir igual desenlace en su hijo. También esta cláusula ha sido motivo de discusión. Lo que para unos es el resultado de una obsesión por el cáncer gástrico, toda vez que esta enfermedad había causado, según se creía, la muerte de su padre, para otros no es más que una póstuma maniobra política del emperador, encaminada a patentizar la causa de su muerte como un grave cargo lanzado contra los inhumanos carceleros y al duro trato de que fué objeto.

Sea cual sea la causa que determinó la muerte de Napoleón, una cosa es cierta, la Historia tiene prisa y, en nuestra época, aún más. Los alegatos de Napoleón sólo interesan ya al erudito, o al aficionado como simple curiosidad. La tumba de Napoleón en los Inválidos, es hoy día un hito turístico incapaz de despertar otro sentimiento que una frívola y momentánea curiosidad. Por otra parte, el mismo emperador de Francia se ve ahora reclamado por otros intereses mucho más importante que Inglaterra y su política.

ESTEBAN PADROS DE PALACIOS

1

9

0

6



1

9

5

6

Laboratorios Robert

José Robert Mestre

le desea

a V. y su distinguida familia

un buen año

1957

